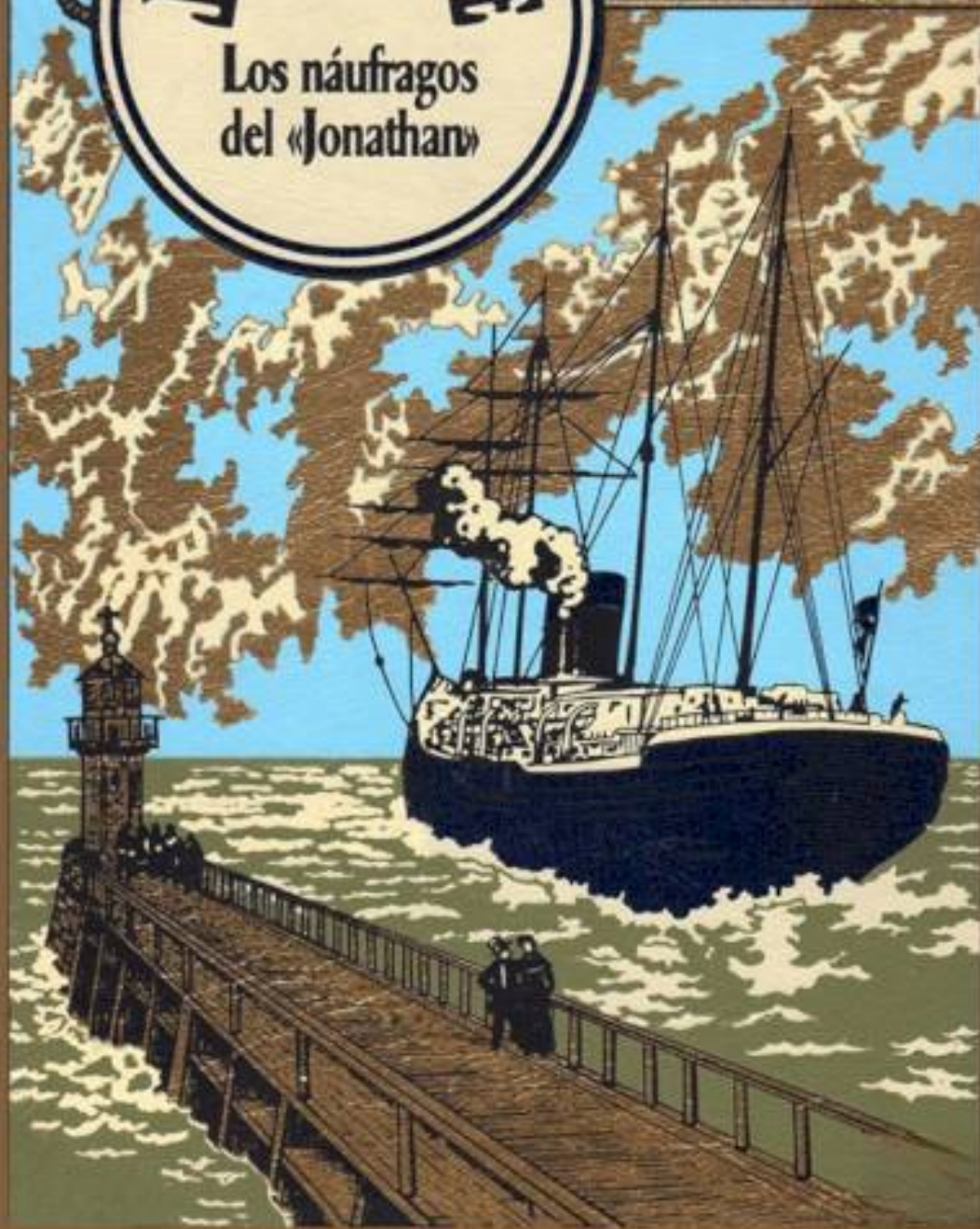




JULIO VERNE

Los naufragos
del «Jonathan»



El Kaw-Djer (así llamado por los nativos de la Patagonia) vive retirado en una isla frente a Chile junto con dos indígenas, padre e hijo. Reside allí porque practica la doctrina de: «ni Dios ni amo», o sea la anarquía. No cree en el liderazgo de un ser humano sobre otro. Así transcurre su vida hasta que los acontecimientos causan un verdadero terremoto en todas sus ideas y principios, puesto que naufraga un buque que iba con destino a África, lleno de gentes destinadas a colonizar aquellas tierras. En un principio el Kaw-Djer deja que todas estas familias se organicen al libre albedrío, sin que se imponga ninguno sobre otro, viviendo en plena libertad, pero pronto empiezan a surgir serios problemas y aún sin querer se ve obligado a tomar el mando para poder imponer el orden y la ley sobre esa colonia de gentes de diferente índole, raza y pensamiento.

Primera parte

Capítulo I

El guanaco

Era un animal grácil, de cuello largo y elegante curvatura, de grupa redonda, nerviosas y finas las patas, los ijares entrados, el pelaje de color rojizo oteado de blanco, la cola corta en penacho, muy luda. En aquellas tierras le llaman guanaco; en francés: *guanaque*. Vistos de lejos, estos rumiantes crean con frecuencia la ilusión de caballos montados y, más de un viajero confundido por esa apariencia, ha tomado una de sus manadas que galopan en el horizonte, por un grupo de jinetes.

Ese guanaco, única criatura visible en aquella desierta región, se detuvo en la cresta de un montículo, en el centro de una extensa pradera donde los juncos se rozaban sonoramente unos con otros y apuntaban sus afiladas agujas entre matas de plantas espinosas. Vuelto el hocico hacia el viento, aspiraba las emanaciones traídas por una ligera brisa del este. El ojo avizor, erguida la oreja giratoria, estaba al acecho, dispuesto a emprender la huida al menor ruido sospechoso.

La llanura no ofrecía una superficie uniformemente lisa. Aquí y allá se veían ondulaciones formadas por los barrancos que las grandes lluvias borrascosas habían dejado a su paso. Resguardado por uno de esos rellanos, a poca distancia del montículo, reptaba un indígena, un indio, que no

podía ser descubierto por el guanaco. Casi totalmente desnudo, cubierto tan solo por los jirones de piel de animal, avanzaba sin ruido, deslizándose por la hierba, para acercarse a la presa codiciada sin espantarla. Esta, sin embargo, empezaba a dar señales de inquietud, como si temiera un peligro inminente.

De pronto un lazo cortó el aire silbando y se desenrolló hacia el animal. La larga correa no alcanzó su objetivo, resbaló y, de la grupa, cayó al suelo. Había fallado el golpe. El guanaco había huido a todo correr. Ya había desaparecido detrás de un grupo de árboles cuando el indio llegó a la cima del montículo.

Pero si bien el guanaco no corría ya ningún peligro, era ahora el hombre el que se hallaba amenazado. Después de recuperar el lazo, cuyo extremo llevaba sujeto en el cinturón, se dispuso a bajar cuando un furioso rugido estalló a pocos pasos de él. Casi al instante, una fiera se abalanzó a sus pies. Era un imponente jaguar, de pelaje grisáceo jaspeado de manchas negras, más claras en el centro, que imitaban la pupila de un ojo.

El indígena conocía la ferocidad de aquel animal que con sus quijadas podía estrangularlo con un solo golpe. Retrocedió de un salto. Desgraciadamente, cayó al perder el equilibrio por una piedra que rodó debajo de su pie. Mano en alto intentó defenderse con una especie de cuchillo, hecho con un hueso de foca muy afilado, que había conseguido sacar del cinturón. Incluso creyó por un instante que podría levantarse y colocarse en mejor postura. No tuvo tiempo. El jaguar, levemente herido, cargó con furor sobre él. Estaba perdido, derribado, la fiera le desgarraría el pecho.

En aquel preciso momento retumbó el seco estampido de una carabina. El jaguar cayó fulminado, con el corazón atravesado por una bala. Cien pasos más allá un ligero vapor blanco flotaba por encima de una de las rocas del acantilado.

De pie, en la roca, estaba un hombre con la carabina aún encarada. Aquel hombre, de tipo ario muy acusado, no era un compatriota del herido. Aunque muy atezado, no era de piel oscura, ni tenía la nariz ensanchada en un profundo entrante de las órbitas, ni los pómulos salientes, ni corta la frente debajo de un ángulo huidizo, ni los ojos pequeños de la raza indígena. Por el contrario, su fisonomía era inteligente y su frente amplia, surcada por las múltiples arrugas del pensador.

Aquel personaje llevaba el pelo entrecano como la barba, cortado al rape. Hubiera sido imposible precisar su edad en un margen de diez años, pero debía andar entre los cuarenta y los cincuenta. Era alto y parecía dotado de una robustez atlética, de una constitución vigorosa, así como de una inquebrantable salud. Los rasgos de su rostro eran enérgicos y graves y toda su persona expresaba arrogancia, tan diferente de la orgullosa vanidad de los necios, lo que daba una verdadera nobleza a su actitud y a sus gestos.

Comprendiendo que no sería necesario disparar por segunda vez su carabina, el recién llegado la bajó, la descargó, se la puso debajo del brazo, y luego se dio la vuelta hacia el sur. En esa dirección, más abajo del acantilado, se extendía una amplia superficie de mar. Inclinandose, el hombre llamó:

—«¡Karroly...!», y añadió dos o tres palabras en una lengua áspera y gutural.

Minutos más tarde, por una hendidura del acantilado, apareció un adolescente de unos diecisiete años, seguido muy de cerca por un hombre en plena madurez. No cabía duda de que ambos eran indios, a juzgar por su tipo, muy diferente al de aquel blanco que, con tan notorio escopetazo, acababa de mostrar su destreza. De fuerte musculatura, de anchas espaldas, corpulento el torso, gruesa cabeza cuadrada sobre un cuello robusto, una estatura de unos cinco pies, muy oscura la piel y muy negro el cabello, con

unos ojos de mirada aguda debajo de unas cejas poco espesas y con una barba de escasos pelos, así era aquel hombre que parecía haber pasado ya de los cuarenta años.

En cuanto al muchacho, su hijo, al parecer, cuyo cuerpo, flexible como el de una serpiente, estaba totalmente desnudo, daba la impresión de ser, desde el punto de vista intelectual, muy superior a su padre. Su frente más desarrollada, sus ojos vivos y expresivos, manifestaban inteligencia y, lo que es más importante, rectitud y sinceridad.

Al reunirse los tres personajes, los dos hombres intercambiaron algunas palabras en aquella lengua indígena caracterizada por una corta aspiración a mitad de la mayoría de las palabras. Después todos se encaminaron hacia el herido que yacía en el suelo junto al jaguar derribado.

El desgraciado había perdido el conocimiento. La sangre manaba del pecho lacerado por las garras de la fiera. Sin embargo, al sentir que una mano tocaba su tosca prenda de vestir, volvió a abrir los ojos que tenía cerrados. Viendo quién acudía a socorrerle, pasó por su mirada una débil luz de alegría y sus descoloridos labios murmuraron un nombre:

—¡El Kaw-djer...!

Kaw-djer, palabra que en lengua indígena significa el amigo, el bienhechor, el salvador, hermoso nombre que se refería evidentemente a aquel blanco, pues este hizo un gesto afirmativo.

Mientras él prestaba asistencia al herido, Karroly volvió a bajar por la grieta del acantilado, para regresar enseguida con un morral que contenía un estuche de cirugía y varios frascos llenos de jugo de ciertas plantas del país. Mientras el indio sostenía sobre sus rodillas la cabeza del herido, cuyo pecho quedaba a descubierto, el Kaw-djer lavó las heridas y restañó la sangre. A continuación acercó los labios a las heridas, cubriéndolas con tapones de hilas empapadas en el contenido de unos frascos y, tras haber desatado su faja de lana, la puso alrededor del pecho del indígena,

manteniendo así todo el apósito. ¿Sobreviviría aquel desgraciado? El Kaw-djer pensaba que no. Ningún remedio podría provocar la cicatrización de aquellas desgarraduras que parecían afectar incluso al estómago y a los pulmones.

Al ver Karroly que los ojos del herido acababan de abrirse, aprovechó para preguntar:

—¿Dónde está tu tribu?

—Allí..., allí... —murmuró el indígena, señalando en dirección al este con la mano.

—Debe de ser a ocho o diez millas de aquí, en la orilla del canal —dijo el Kaw-djer—; aquel campamento cuyos fuegos divisamos anoche.

Karroly asintió con la cabeza.

—No son más que las cuatro —añadió el Kaw-djer—, pero la marea subirá pronto. No podremos salir hasta el amanecer...

—Sí —dijo Karroly.

El Kaw-djer prosiguió:

—Halg y tú van a transportar a este hombre y lo acostarán en la barca. No podemos hacer más por él.

Karroly y su hijo se prepararon para obedecer. Cargados con el herido empezaron a descender hacia la playa. Luego, uno de ellos volvería a buscar al jaguar, cuya piel se vendería cara a los traficantes extranjeros.

Mientras sus compañeros llevaban a cabo esta doble tarea, el Kaw-djer se alejó algunos pasos y trepó por una de las rocas del aserrado acantilado. Desde allí, su mirada alcanzaba todos los puntos del horizonte. A sus pies se recortaba un litoral caprichosamente dibujado que formaba el límite norte de un canal de varias leguas de anchura. La orilla opuesta abierta al infinito por brazos de mar, se desvanecía en vagas alineaciones, un sembrado de islas e islotes que en la lejanía aparecían vaporosos. Ni por el este ni por él oeste se veían los límites de dicho canal, a lo largo del cual corría el alto y macizo acantilado.

Hacia el norte se extendían interminablemente praderas y llanos, listados por numerosos cursos de agua que iban a parar al mar, bien en torrentes tumultuosos, bien en cataratas retumbantes. De la superficie de aquellas inmensas praderas surgían aquí y allá, verdes islotes, espesos bosques entre los cuales se habría buscado en vano un pueblo, y cuyas cimas se teñían de púrpura con los rayos del sol que llegaba entonces a su ocaso. Más allá, limitando el horizonte por aquella parte, se perfilaban las macizas formas de una cordillera coronada por la blancura deslumbrante de los glaciares.

Hacia el este, el relieve de la región era más acentuado. Perpendicularmente al litoral, el acantilado se escalonaba en niveles sucesivos y luego se alzaba por fin bruscamente en picos agudos que iban a perderse en las zonas elevadas del cielo.

Aquellos parajes parecían totalmente desiertos. La misma soledad también en el canal. Ni una embarcación a la vista, ni siquiera una canoa de corteza o una piragua de velas. En fin, por más lejos que alcanzara la vista ni de las islas del sur, ni de punto alguno del litoral o saliente del acantilado, se elevaba ningún humo que atestiguara la presencia de criaturas humanas.

El día había llegado a esa hora, siempre impregnada de cierta melancolía, que precede inmediatamente al crepúsculo. Grandes pájaros planeadores, formados en bandadas ruidosas, hendían el aire en busca de su cobijo nocturno.

El Kaw-djer, con los brazos cruzados y de pie sobre la roca en que se había subido, guardaba la inmovilidad de una estatua. Pero mientras contemplaba aquella prodigiosa extensión de tierra y de mar, última parcela del globo que no pertenecía a nadie, última región que no sucumbía bajo el yugo de las leyes, un éxtasis iluminaba su rostro, palpaban sus párpados y sus ojos brillaban por un entusiasmo sagrado.

Permaneció así largo rato, bañado de luz y azotado por la brisa^[1], después abrió los brazos, los tendió hacia el espacio y un profundo suspiro hinchó su pecho, como si hubiera querido abarcar con un abrazo, aspirar de un respiro todo el infinito. Entonces, mientras su mirada parecía desafiar al cielo y recorría orgullosamente la tierra, de los labios escapó un grito que resumía su salvaje apetito de una libertad absoluta, sin límites. Aquel grito era el de los anarquistas de todos los países, era la célebre fórmula, tan característica, que a menudo se emplea como sinónimo de su nombre, y cuyas cuatro palabras encierran toda la doctrina de esa secta tan temible.

«¡Ni Dios, ni amo...!», proclamaba con voz sonora, en tanto que el cuerpo, medio inclinado por encima de las olas, fuera de la arista del acantilado, parecía barrer el inmenso horizonte con un gesto huraño.

Capítulo II

Misteriosa existencia

Los geógrafos designan con el nombre de Tierra de Magallanes al conjunto de islas e islotes agrupados entre el Atlántico y el Pacífico en la punta sur del continente americano. Las tierras más australes de este continente, es decir, el territorio de la Patagonia, prolongadas por las dos extensas penínsulas Rey Guillermo^[2] y Brunswick, acaban en uno de los cabos de esta última, el cabo Forward. Todo aquello que no está directamente unido a ellas, todo aquello que queda separado por el estrecho de Magallanes, constituye ese territorio al que precisamente se le ha dado el nombre del ilustre navegante portugués del siglo XVI.

La consecuencia de esa disposición geográfica es que, hasta 1881, aquella parte del Nuevo Mundo no fue incorporada a ningún Estado civilizado, ni siquiera a sus más próximos vecinos, Chile y la República Argentina, que por entonces se disputaban las pampas de la Patagonia. La Tierra de Magallanes no pertenecía a nadie y podían fundarse allí colonias que conservasen su total independencia.

Y sin embargo esa región no es de una extensión insignificante, pues en una superficie de cincuenta mil kilómetros comprende, además de una gran cantidad de islas de menor importancia, la Tierra de Fuego, la Tierra de la Desolación, las islas Clarence, Hoste, Navarino y también el ar-

chipiélago del Cabo de Hornos, formado a su vez por las islas Grevy, Wollaston, Freycinet, Hermite, Herschel, así como islotes y arrecifes con los que la enorme masa del continente americano termina, deshaciéndose en polvo.

De las diversas parcelas que forman la Tierra de Magallanes, la Tierra del Fuego es con mucho la más extensa. Al norte y al oeste limita con un litoral muy recortado desde el promontorio del Espíritu Santo hasta Magdalena. Después de proyectarse hacia el oeste con una península toda deshilachada, dominada por el monte Sarmiento, se prolonga al sudeste por la punta de San Diego, especie de esfinge acurrucada cuya cola se baña las aguas del estrecho de *Le Maire*.

Los acontecimientos que acabamos de relatar habían sucedido en el mes de abril de 1880, en aquella gran isla. Aquel canal que el Kaw-djer tenía bajo sus ojos durante su atormentada meditación lleva el nombre del canal de Beagle, que corre al sur de la Tierra del Fuego y cuya orilla opuesta esta formada por las islas Gordon, Hoste, Navarino Picton. Todavía más al sur se desmenuza el caprichoso archipiélago del Cabo de Hornos.

Aproximadamente unos diez años antes del día escogido como punto de partida de este relato, aquel a quien los indios llamarían más adelante el Kaw-djer, había sido visto por primera vez en el litoral fueguino. ¿Cómo había llegado hasta allí? Sin duda a bordo de uno de aquellos numerosos buques, veleros y *steamers* que, siguiendo las sinuosidades del laberinto marítimo de la Tierra de Magallanes y de las islas que la prolongan en el océano Pacífico, comercian con los indígenas pieles de guanacos, vicuñas, ñandús y lobos marinos.

Así podía explicarse fácilmente la presencia de aquel extranjero, pero, respecto a saber cuál era su nombre, a qué nacionalidad pertenecía, si por su nacimiento estaba vinculado al Antiguo o al Nuevo Mundo, esas eran otras preguntas a las que hubiera sido difícil responder.

No se sabía absolutamente nada de él. Por otra parte, también hay que decirlo, nadie había intentado nunca buscar información sobre su persona. ¿Quién, en aquel país donde no existía ninguna autoridad, habría estado calificado para interrogarle? No se encontraba en uno de aquellos Estados organizados donde la policía se preocupa por el pasado de las personas y donde es imposible permanecer por mucho tiempo. Aquí, nadie era depositario de ningún poder y se podía vivir al margen de todas las costumbres, de todas las leyes, gozar de la mas completa libertad.

Durante los dos primeros años que siguieron a su llegada a la Tierra del Fuego, no intentó el Kaw-djer establecerse en un lugar fijo. Surcando caminos por esas tierras con sus vagabundeos, entró en relación con los indígenas, pero sin acercarse jamás a las escasas factorías explotadas aquí y allá por colonos de raza blanca. Siempre que establecía comunicación con uno de los navíos que hacían escala en algún punto del archipiélago, recurría a la media un fueguino y, únicamente para proveerse de municiones y de sustancias farmacéuticas. Pagaba aquellas compras, bien por medio de trueques, bien en moneda española o inglesa de las que no parecía estar desprovisto.

Dedicaba el tiempo restante a ir de tribu en tribu, campamento en campamento. Como los indígenas, vivía del producto de su caza y de su pesca, unas veces entre las familias del litoral, otras en los poblados del interior, compartiendo sus chozas o sus tiendas, cuidando a los enfermos, socorriendo a viudas y huérfanos, adorado por aquellas pobres gentes que no tardaron en otorgarle el glorioso apodo con el que ahora se le conocía de punta a punta del archipiélago.

No cabía duda de que el Kaw-djer era un hombre instruido y que había hecho estudios muy completos, especialmente de medicina. Conocía también varias lenguas e indistintamente franceses, ingleses, alemanes, españoles y noruegos hubieran podido tomarle por un compatriota.

Aquel enigmático personaje no había tardado en añadir a su bagaje de políglota el yaghon. Dominaba aquel idioma, el más empleado en la Tierra de Magallanes y del que todos los misioneros se han servido para traducir diversos pasajes de la Biblia.

Lejos de ser inhabitable como generalmente se cree, la Tierra de Magallanes, donde el Kaw-djer había establecido su vida, es muy superior a la mala fama que le dieron los relatos de sus primeros exploradores. La verdad es que sería exagerado transformarla en paraíso terrestre y obra de mala voluntad sería negar que, en su punta extrema, el Cabo de Hornos está asolado por tempestades cuya frecuencia solo es igualada por su furor. Pero hay también países en Europa que alimentan a una población numerosa, aunque las condiciones de existencia sean mucho más duras. Si bien el clima es húmedo en grado extremo, aquel archipiélago debe al mar que le rodea, una indiscutible regularidad de temperaturas y no tiene que sufrir los fríos rigurosos de la Rusia septentrional, de Suecia y de Noruega. La media termométrica nunca desciende por debajo de los cinco grados centígrados en invierno ni sube por encima de los quince grados en verano.

A falta de observaciones meteorológicas, el aspecto de aquellas islas debería haber prevenido contra cualquier apreciación exageradamente pesimista. La vegetación alcanza en ellas una riqueza que le habría sido vedada en la zona glacial. Existen inmensos pastos que bastarían para alimentar a innumerables rebaños y extensos bosques en los que se encuentran en abundancia el haya antártica, el abedul, el berberis y el canelo^[3].

No cabe duda de que nuestros vegetales comestibles se aclimatarían fácilmente y de que muchos de ellos, incluso el trigo candeal, podrían crecer en abundancia.

Sin embargo, estos parajes que no son inhabitables, están prácticamente deshabitados. Su población no comprende más que un número escaso de indios, catalogados con

el nombre de fueguinos o de pecherés, verdaderos salvajes que podríamos clasificar en el grado más bajo de la humanidad: viven casi enteramente desnudos y llevan una vida errante y miserable a través de aquellas extensas soledades.

Antes de la época en que empieza esta historia, hacía ya mucho tiempo que Chile, al fundar el asentamiento de Punta Arenas en el estrecho de Magallanes, parecía haber prestado cierta atención a aquellas tierras mal conocidas. Pero a eso se había limitado su esfuerzo y, a pesar de la prosperidad de su colonia, no hizo ninguna tentativa para tomar posesión del archipiélago magallánico propiamente dicho.

¿Qué sucesión de acontecimientos habían conducido al Kaw-djer a aquella región ignorada por la mayor parte de los hombres? Aquello también era un misterio, pero el grito lanzado desde lo alto del acantilado, como un desafío al cielo y como un agradecimiento apasionado a la tierra, permitía descubrir en parte aquel misterio.

«¡Ni Dios, ni amo!», la fórmula clásica de los anarquistas. Cabía, pues, suponer que el Kaw-djer pertenecía, también, a esa secta, multitud heteróclita de criminales y de iluminados. Aquellos, roídos la ambición y el odio, siempre dispuestos a la violencia y al asesinato; estos, verdaderos poetas que sueñan con una humanidad quimérica de la que el mal sería desterrado para siempre mediante la supresión de las leyes imaginadas para combatirlo.

¿A cuál de las dos clases pertenecía el Kaw-djer? ¿Sería uno de aquellos libertarios amargados, uno de esos apolo-gistas de la acción directa y de la propaganda por el hecho que, rechazado sucesivamente por todas las naciones, solo había encontrado refugio en esa extremidad del mundo habitable?

Difícilmente podría tal hipótesis concordar con la bondad de la que había dado tantas pruebas desde su llegada al archipiélago magallánico. Quien infinidad de veces había